

## LA BATALLA DE SAN QUINTIN

por FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

No puede conmemorarse el IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial sin contemplar en él al gran monumento que el Rey Don Felipe II levantó para perpetuar la victoria más grande y trascendental de su reinado, alcanzada sobre las armas francesas el 10 de agosto de 1557, festividad de San Lorenzo, al que erige en Patrono de la nueva Basílica. Con el transcurso del tiempo ha sobrevivido la grandeza de la construcción como maravilla arquitectónica, pero ha ido quedando en el olvido aquella gloriosa y trascendental batalla con la que el Rey prudente inició su reinado. De aquella efemérides queda en nuestro lenguaje la frase tan extendida de «armarse la de San Quintín», que tantas gentes de habla española repiten sin conocer su abolengo.

España encabezaba en aquella hora el más grande de los Imperios. En pleno desarrollo la expansión de las armas españolas por las tierras vírgenes americanas, estaba llevando a cabo el esfuerzo más grandioso que nación alguna había acometido, de descubrir, evangelizar y civilizar un mundo a costa de grandes y dolorosos sacrificios.

Dos años antes de esta fecha, el 25 de octubre de 1555, es cuando el Emperador hace abdicación, en el Palacio de Bruselas, de sus Estados de Flandes a favor de su primogénito, casado a la sazón con la Reina María de Inglaterra. Tres meses más tarde, el 16 de enero de 1556, tiene lugar la cesión solemne del resto de sus Estados. Esto echaba sobre los hombros del joven Monarca las responsabilidades totales de la gobernación de sus reinos que ya desde 1546 venía administrando en las ausencias de su padre.

El César había preparado cuidadosamente este momento. Había comprendido al fin las instancias que desde España se le hacían,

por sus colaboradores, para alcanzar una paz duradera que permitiese a la nación el mejor desarrollo y atención a la expansión en América. Viejo y achacoso, comprendió lo estéril de su batallar en Europa, como se desprende de aquellas palabras pronunciadas en el acto de su abdicación, preñadas de amargura: «Nueve veces fui a Alemania la alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menor cuenta que tengo hechos por visitar mis tierras.»

Deseando donar a su hijo, con sus Estados, una paz prolongada, unos días antes, el 6 de enero de 1556, concierta con Enrique II de Francia, en Vaucelles, una tregua de cinco años, y por cuanto respecta a Alemania renuncia a la administración y gobernación del Imperio germánico, del que hace entrega a su hermano Fernando. En esta situación asciende al Trono el segundo de los Felipes.

La Tregua de Vaucelles y la cesión de la Corona de Alemania, hechas sin concurso ni intervención del Papa, coloca a éste en una difícil situación frente al nuevo Monarca. Su animadversión contra el viejo César era conocida y le hacía considerar a los españoles culpables de que la tierra de su nacimiento, Nápoles, permaneciese bajo el dominio español, lo que, explotado por su pérfido sobrino, el Cardenal Caraffa, le lleva a firmar en 25 de diciembre de 1555, un Tratado de alianza ofensiva defensiva con Francia. El ofrecimiento del Trono de Nápoles y de los Estados de Milán para dos de sus hijos, movieron al Monarca francés a la ruptura de la tregua con el de España, sin pensar en el trágico fin que iba a tener el torpe contubernio, pues pronto habían de ser vencidos por las armas españolas en los teatros de operaciones de Italia y Francia.

Pero este ligero bosquejo no es suficiente para darnos cuenta de la situación real si no medimos la magnitud de los problemas que a España se ofrecían. Nuestra unidad interna estaba todavía muy reciente. El Imperio colosal que España estaba forjando requería, más que de hombres, de esfuerzos de titanes para mantenerse. Este grandioso Imperio, en cuyos territorios no se ponía el sol, abarcaba en América desde la línea de California, el Estado de Texas y la Florida en el Norte, hasta el Estrecho de Magallanes en el Sur; comprendía las Molucas y Filipinas en el espacio asiático; las islas y territorios africanos en el Occidente de Africa, con Ceuta, Melilla,

Orán, Bujía y Túnez en el Mediterráneo; en la que hoy es la nación italiana, poseía Nápoles, Sicilia, el Milanesado y la Cerdeña; y en el centro de Europa, los Países Bajos y el Franco Condado. El Rosellón y Portugal integran entonces el territorio metropolitano. Todo esto quedaba bajo la potestad del nuevo Monarca.

Las responsabilidades de Felipe II en aquellas horas son muy difíciles de comprender dados los medios de que se disponía y lo dilatado y complejo de sus territorios. Sus dotes de organizador, administrador y diplomático se acusan desde los primeros momentos al reunir y poner en pie de guerra un poderoso ejército, pagarlo y sostenerlo, a la par que mantener la paz y el orden interno de sus pueblos, amenazados por el azote del hambre que se cernía por Europa como consecuencia de una gran sequía que le obligó a movilizar todos sus recursos para hacer compras de trigo en el Este de Europa, agotando las ya exhaustas arcas de la nación. La habilidad diplomática de que da muestras para sumar a su causa y obtener la colaboración inglesa. La urgente movilización de las sumas necesarias para realizar la campaña, para lo que envió a España a Ruy Gómez, a requerirlas de la nobleza, prelados y mercaderes, pese a las dificultades que la acción militante del Vaticano le creaba. Y la pródiga ayuda que de Dios obtiene al recibirse en aquellos días críticos, y cuando menos lo esperaba, un envío de oro remitido desde el Perú, que vino a solucionar sus problemas financieros.

Mas si queremos enjuiciar en el orden militar la gran victoria de San Quintín, todo esto no basta. Para poder formar un certero juicio hemos de contemplar el estado en que se encontraban en aquellos años los ejércitos y la evolución correspondiente de las armas. La continuidad de nuestras luchas había dado estado a los ejércitos permanentes. Sus células primarias habían sido constituidas en los años de nuestra Reconquista por los efectivos de las Ordenes Militares, que desde el reinado de Fernando el Católico habían sido puestas bajo el mando regio; la Santa Hermandad y las Guardias Viejas de Castilla formaban, con aquéllas, el embrión del ejército permanente, al que se sumaban las grandes levadas que se hacían para las batallas; pero que terminadas éstas, volvían a sus hogares, quedando sólo aquellos otros elementos primarios encargados de la seguridad pública.

Los ejércitos aparecían en aquella hora constituidos por las tres armas principales que han llegado hasta nuestros días: la Infantería.

la Caballería y la Artillería, aunque ésta, todavía, extremadamente rudimentaria.

Bajo el reinado de Carlos I habían cimentado su sólido prestigio nuestros gloriosos Tercios, formados por tres mil hombres, repartidos en diez compañías de piqueros y dos de arcabuceros. Estos arcabuceros constituían la tropa más selecta y de mayor confianza, y estaban formados siempre por soldados españoles. El arcabuz, que constituía el arma más precisa y eficaz, tenía, sin embargo, reducido alcance y por su peso necesitaba ser apoyado en una horquilla; había hecho al peón superior al caballero, aunque su empleo había que hacerlo con usura, ya que no le permitía realizar más de cuatro o cinco disparos antes del ataque. Con el arcabuz, el poder de las armas de fuego empezaba a tomar en la guerra carta de naturaleza. Nuestros arcabuceros estaban considerados como los mejores del mundo y pesaban decididamente en la batalla.

La caballería constituía el alma por excelencia de la maniobra. Obraba, como hasta ayer, en la vanguardia para reconocer, y colocada en las alas del dispositivo estaba siempre dispuesta al envolvimento y a la sorpresa. Iba armada con espada y lanza, y se cubría con una armadura que se había ido aligerando.

La artillería era poco numerosa, imperfecta y pesada, imprecisa y, por tanto, poco eficaz. Se movía difícilmente en el campo de batalla. Sus efectos eran más morales que efectivos; pero, sin embargo, constituía el más poderoso medio de destrucción a distancia para abrir brecha en los torreones y en las murallas.

No habían nacido todavía los explosivos. La pólvora hacía pobremente sus veces; pero el artificio de la guerra de minas para abrir brecha en las fortalezas había llegado a ser una importante especialidad del arte de la guerra. No existía industria militar y las armas eran fundidas y forjadas por los herreros y artesanos.

En frente de estas armas rudimentarias adquirían un gran valor las plazas fuertes, con sus baluartes, sus fosos y sus murallas, que cuando estaban bien construidas resistían fácilmente los efectos de los artificios bélicos, dando tiempo a la movilización y a la maniobra de los ejércitos.

Mas volvamos la vista a la situación de los dos bandos: pretendía el francés, con su reciente alianza con el Papa, forzar a los españoles a llevar a Italia el futuro campo de batalla, que alejando el peligro de sus fronteras crease a España dificultades por lo dis-



Fragmentos de la pintura al fresco de Lucas Jordán, que decora el friso corrido de la escalera principal del Monasterio del Escorial.



Felipe II, Príncipe heredero, dibujo anónimo de la Colección de Arras.

tante de sus bases. Y para hacerlo efectivo dirigió a Roma los mejores soldados de su ejército, bajo el mando del Duque de Guisa, mientras con un núcleo menor de sus fuerzas pretendía crear a los españoles una difícil situación en Flandes. No pasaron inadvertidos para Felipe II los manejos del francés, y encontrándose en Bruselas al romperse la tregua, marchó a Inglaterra rápidamente para solicitar de su esposa, la Reina, el cumplimiento del compromiso contraído por Inglaterra, concertado con la Casa de Borgoña, de defensa de los Países Bajos, a lo que accedió la Reina con su Consejo y nobleza, preparando la expedición de ocho mil ingleses que al mando del Conde de Pembroke habían de formar parte de los ejércitos del Rey Felipe.

Llegó por fin para éste el momento de tomar la gran decisión con el señalamiento de las grandes líneas de su plan de operaciones, y después de un concienzudo estudio de la situación y de escuchar el parecer de sus consejeros y expertos militares, decidió que el Duque de Alba se enfrentase con la situación en Italia con sus propios medios, llevando a cabo una defensa activa, mientras que él, con un ejército compuesto de 45.000 infantes y arcabuceros, 16.000 caballos y 80 piezas de artillería, al mando directo de su experto general el Duque Filiberto de Saboya, atacaría Francia en su mismo corazón.

Hasta última hora reservó Felipe II sus planes. Por dos lugares podía llevar a cabo su avance sobre el corazón de Francia: por la Champagne o por la Picardía. Elegida ésta por el propio Monarca, como camino más fácil para la invasión y mayor amenaza para la capital, ordenó al Duque de Saboya encubrir sus propósitos, y mientras las fuerzas navales atacaban en las costas de Normandía y de Bretaña, las terrestres iniciarían movimientos de ataque demostrativo sobre Rocroi, exhibiendo frente a ella escalas y aparejos de sitio, que hicieran creer a los franceses la decisión de los españoles de invadir la Champagne y atrajese en aquella dirección el grueso de sus ejércitos. Debía volver, sin embargo, el ejército español sobre sus pasos, y pasando por Vervins efectuar una demostración sobre Guisa para, rápidamente, dirigir sus fuerzas sobre San Quintín. La sorpresa de la maniobra española sobre los franceses fue completa, y mientras las fuerzas de éstos se concentraban frente a los pasos de la Champagne, las tropas de Felipe rompían por Picardía y asentaban sus reales frente a los muros de San Quintín.

Era San Quintín una plaza fuerte francesa que, colocada en el espacio existente entre el río Somme y el Oise, cerraba con otras

plazas el camino a las invasiones procedentes de los Países Bajos; que por no existir en este espacio obstáculo orográfico con que detener el avance de los invasores, ha venido a constituir repetidas veces a través de la Historia un campo obligado de batalla.

La populosa villa se halla emplazada sobre una suave colina que ciñe el río Somme en su mitad occidental, donde forma una amplia zona de islas, meandros y terrenos pantanosos que la protegen por este lado. En los dos extremos de esta zona, el Norte y el Sudoeste, dos islas en las que se encuentran los arrabales de Pontoilles y la Isla, fortificadas con baluartes, refuerzan las defensas de las murallas y torreones que circundan todo el perímetro de la plaza. Un profundo foso artificial recorre los frentes Nordeste y Sur, dando fortaleza al conjunto. La magnitud de la sorpresa que la llegada de los españoles causa se acusa en lo reducido de la guarnición de la plaza, gobernada por el bretón capitán Bruel, y, según la versión francesa, defendida por una sola compañía del Delfín, formada por un centenar de hombres a las órdenes del teniente Telligny.

No ha perdido el tiempo el Duque Filiberto de Saboya, pues el 2 de agosto, previo reconocimiento del contorno de la plaza por su caballería, se establece firmemente frente a los lados Nordeste y Sur, vigilando por occidente los pasos de la zona cenagosa del Somme.

Al aproximarse sus tropas a las murallas y aperebirse del valor que encerraba el baluarte del arrabal de la Isla, de la escasez de su guarnición y de la importancia del puente sobre el Somme, ordena a Julián Romero que con tres compañías de españoles lo asalten y ocupen por sorpresa, lo que se ejecuta rápidamente, extendiendo la ocupación a unas casas avanzadas del barrio que flanquea el foso y que en el futuro han de causar graves daños a los defensores. La guarnición, no pudiendo resistir el empuje, se retira precipitadamente tras las murallas de la plaza.

Por su lado, el Mariscal Montmorency, general en jefe de las tropas francesas, ante la sospecha de la maniobra española y el estado desguarnecido de la plaza de San Quintín, encomendó al Almirante Coligny, Señor de Chatillon y Gobernador de la provincia, que era uno de sus más acreditados generales, reunir las tropas que pudiese para marchar a San Quintín a socorrer la plaza y dar tiempo y espacio al resto del ejército para la maniobra. De acuerdo con el Condestable, sale Coligny de Pierre-Port antes de amanecer, en-



caminándose a La Fère para acercarse al sector occidental, de más fácil comunicación con San Quintín, enviando a su caballería a explorar su derecha en dirección a los españoles, llegando a La Fère, y sin noticias del resultado del reconocimiento, siguiendo a Ham, considerando que desde allí le será más fácil entrar en San Quintín.

En Ham encontró una carta del capitán Bruel en que le comunicaba la grave situación de San Quintín y la necesidad imperiosa en que se encontraba de recibir socorros; por ello, después de informarse del camino mejor que podía seguir, resuelve realizarlo aquella misma noche, pese a no tener todavía reunidas sus tropas ni incorporada la unidad de caballería que había mandado a reconocer su flanco; y de las cinco compañías con que contaba entrar, solamente dos las tenía próximas, pues las otras tres, por distintas circunstancias, se habían retrasado mucho en su salida, entretenidas en reunirse, equiparse y desempaquetar las armas de sus carros que les habían llegado con retraso.

Fueron muchos los capitanes y gentileshombres que trataron de convencerle que esperase, considerando que podía ser más útil desde fuera, pero las demandas eran tan apremiantes, y las órdenes recibidas del Condestable tan tajantes, que el servicio del Rey no admitía dudas. Así, horas después de ponerse el sol del día 3 de agosto, con medio centenar de caballos y buenos guías, se puso en marcha hacia San Quintín. De este modo, burlando la defensa del enemigo, que por esa parte de los pantanos era más débil, y con orden terminante de hurtarse en todo caso a la lucha, se dirigió a la plaza, donde llegó a la una y pocos minutos por su ángulo norte con 250 hombres, pues los otros se habían perdido en la noche o desviado por una alarma que sufrieron en el camino.

La llegada de este refuerzo levantó la moral decaída de los defensores. Coligny no perdió el tiempo y, al rayar el día, se dirigió con el Gobernador a la puerta del Sur, donde se había perdido el baluarte, y tras tomar consejo de sus capitanes, decidió el planear, para aquella misma noche, una salida para quemar las casas y expulsar a los españoles que las ocupaban, y una vez arrojados de allí, construir una trinchera entre el baluarte y la muralla que fuese desde el foso al río, abriendo en los muros una tronera para colocar un cañón que batiese e inutilizase así el puente sobre el Somme.

Tomadas estas disposiciones, se dirigió a recorrer el recinto para

organizar la defensa y prevenir la duración del sitio. Moviliza a la población, hace recluta de los hombres útiles, requisita víveres y ganado y toma todas aquellas provisiones que el caso aconseja. Organiza la tala de los árboles inmediatos a la muralla que por su espesura ocultan a los sitiadores, ordena construir fajinas con su ramaje y refuerza las partes débiles de la muralla con mayores espesores y contrafuertes.

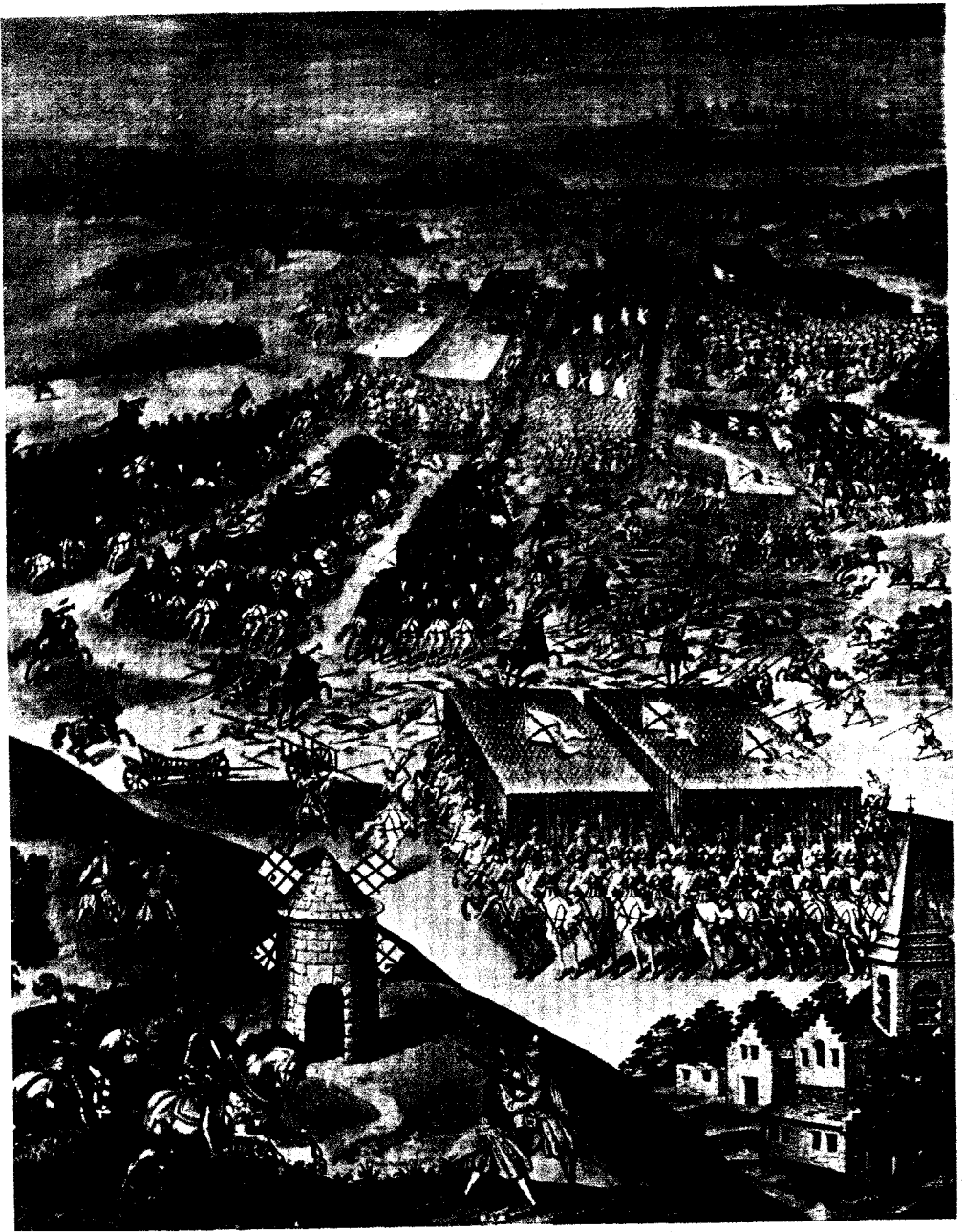
Llegada la noche, tiene lugar la salida para arrojar a los españoles de las casas del barrio de la Isla, pero apercebidos éstos le rechazan duramente, perdiendo los franceses 16 de sus mejores hombres y siendo perseguidos tan de cerca que con facilidad hubieran podido entrar los españoles en la plaza.

No se descorazona por esto Coligny, que deseando mantener activa la defensa y hacer llegar al enemigo la presencia de refuerzos que con él habían entrado en la villa, ordena la salida de cincuenta caballos que hagan un reconocimiento ofensivo sobre una de las guardias españolas más separadas de las otras, pero con orden de no empeñar combate y solamente producir sorpresa y demostración de su actividad. Sin embargo, lo hicieron tan mal los ejecutores, que el jefe que había tomado el mando, el teniente Telligny, al verles empeñar combate, se adelantó sin armas para ordenarles la retirada, momento en que es envuelto y derribado en tierra por los españoles, sin ser socorrido por las fuerzas que hacían el reconocimiento, que se retiraron en desorden.

Enterado el Almirante, envió soldados voluntarios para rescatarle, pues había quedado próximo a los muros de la ciudad, recogándole malherido y pudiendo expirar entre los suyos.

Esta nueva pérdida de hombres limitó las posibilidades de la defensa, aunque no desalentó a Coligny, que mantuvo la actividad en los sectores del río y en las lagunas, para tener vigilados entre ellas los pasos que hiciesen posible el socorro de la plaza.

Pronto se da cuenta el Almirante Coligny de la escasez de sus medios para atender a tan largo y difícil recinto y sostener viva la defensa, por lo que decide dar cuenta de la situación al Condestable, solicitando de él urgentes refuerzos en hombres, víveres y arcabuceros, por no llegar a 25 el número de los que cuenta en la plaza, recomendándole los lugares que considera más fáciles para que la ayuda pueda alcanzar el objetivo. Eso sucedió en la noche del 5 de agosto de 1557, cinco días antes de la batalla de San Quintín.



Preparativos para el cerco de San Quintín, y escenas de la batalla.



Formación de caballería, fiel estampa de la realidad que fue su actuación en San Quintín.

El sitio de la ciudad va estrechando sus mallas y cada vez se va haciendo más difícil la comunicación de Coligny con el Condestable. Ante esta situación decide éste socorrer la plaza, ejecutando la operación en fuerza, preparando para ello fajinas y pontones, y aprovechando la poca profundidad en muchos sitios de las aguas, abordar la plaza por la poterna de Santa Catalina, donde los meandros del Somme forman pequeñas islas.

El 8 de agosto parte Montmorency de La Fère con un fuerte ejército compuesto por 20.000 infantes, 8.000 caballos y 16 cañones; se detiene en Exegrey a ordenar sus tropas y pasarles revista, y en la tarde del 9 se pone en movimiento con el propósito de ocupar las alturas que dominan el arrabal de la Isla, sujetar a los españoles que lo ocupan y, alcanzada la orilla del Somme, pasar con las barcazas y los pontones las tropas encargadas de socorrer a San Quintín, para, una vez logrado este propósito, entablar batalla a los españoles con el resto del ejército, aprovechando su forzado despliegue frente a las murallas de la Villa.

Amanece el día 10 de agosto cuando las fuerzas del Condestable aparecen sobre las alturas al Sur del arrabal de la Isla y atacan por sorpresa los molinos de Goutchy, con orden de mantenerse firmemente defendiendo su flanco frente a las fuerzas españolas que ocupan el baluarte del arrabal. Los primeros pasos de la operación se presentan favorables. Las tropas del Condestable han ocupado sin resistencia los molinos y las alturas inmediatas al arrabal y han llegado a la orilla del Somme, atravesando éste por el pantano de la Abbiette por medio de barcazas y alcanzando la isla de Prix en el Oeste de la ciudad, pero el uso innecesario de la artillería pone en alarma a los sitiadores, que apercibiéndose de que se intenta repetir la maniobra anteriormente fracasada de D'Andelot, llevada a cabo ahora a la luz del día, decide Filiberto de Saboya aprovechar rápidamente la situación en que están empeñados los franceses para caer sobre su flanco. Refuerza, como en la anterior ocasión, los pasos en la derecha del Somme para dificultar la entrada de las fuerzas en la ciudad y ordena al Conde Egmont que pasando con su caballería el Somme, protegido por las fuerzas que ocupan el baluarte del arrabal de la Isla y apoyado por las fuerzas del Tercio de Navarrete, proceda al envolvimiento del flanco derecho de los franceses. Así, mientras el Conde cae como una tromba sobre el costado francés, los arcabuceros españoles desbaratan a las fuerzas que

se encuentran en los pasos de los meandros del río, destruyéndolas y obligándolas a huir.

Cuando el Condestable quiso apercibirse de la situación era ya muy tarde. Su derecha había sido aniquilada y las fuerzas que habían pasado el río dispersas. Al verse tan duramente atacado intenta la retirada, pero los ataques españoles de flanco son cada vez más fuertes y profundos y empiezan a convertir la acción en un gran revés para las armas francesas.

Pretendía el Condestable en su repliegue que sus tropas se acogiesen y organizarasen en el bosque de Gibercourt, a algunos kilómetros al oeste de la plaza; pero el desorden se apoderaba progresivamente de sus filas, inmovilizando su material y obligando a abandonar sus trenes. Sólo algunas unidades en medio del desorden mantenían su moral formando cuadros y pretendiendo seguir el movimiento. Las tropas españolas estaban maniobrando con rapidez y maestría, y mientras una parte de la infantería española, que había pasado el Somme, atacaba a la francesa sin dejarla romper el combate ni darla reposo, la caballería de Egmont, seguida de la artillería y de la infantería disponible, que había cruzado el río por el puente de Rouvroy y por el vado con el agua a la cintura, se trasladaban rápidamente por Harly, La Neuville, Urvillers y Benay fuera de las vistas y paralelamente a las fuerzas en retirada a cortarles el paso en Mont-Court, haciendo imposible el propósito francés de organizarse a cubierto de los bosques. El ejército español apareció interpuesto, ocupando posiciones cuatro kilómetros al Este de los bosques.

Ante esta nueva amenaza se desorganiza el campo francés y las órdenes y contraórdenes del Condestable se suceden. La situación se precipita por momentos sin que se alteren la prudencia y sangre fría del Duque de Saboya que, convencido de su victoria, se prepara a consumar la derrota de sus adversarios.

Lanza el Conde de Egmont sus jinetes de nuevo sobre sus adversarios que todavía conservan vitalidad para rechazarle formando cuadros y obligándole a replegarse sobre el dispositivo español, pero, preparado éste ya para el combate, avanza en orden de batalla con el Duque de Saboya en el centro, y teniendo en su ala derecha a Aremberg y Brunswick y a la izquierda a Mansfeld y Hon. Entra rápida en acción la artillería española que en seguida destruye la cohesión de los cuadros enemigos; las alas de la formación española

se abaten sobre los franceses, los que, agotados y rodeados, no pueden resistir su empuje, y mientras unos rinden sus armas y estandartes a los vencedores, como los alemanes de Reingrave, en número de 5.000, otros huyen perseguidos a través del campo por la caballería, que causa en ellos una gran mortandad. Las sombras de la noche pusieron término a la persecución. La victoria había sido aplastante y total. El Condestable, al verse derrotado, se lanzó en medio de la batalla a morir con gloria, pero habiendo caído herido, fue hecho prisionero por un soldado español apellidado Sedano.

En la batalla había caído la flor y nata de la nobleza francesa. El Duque de Enghien había resultado muerto. Entre los prisioneros figuraba el Mariscal Saint-André, el Duque de Montpensier, el Conde de Hernani, el Vizconde de Turena, el Vizconde de Villars, el Príncipe de la Roche-sur-Yon y hasta dos mil caballeros de la nobleza francesa que ejercían el mando de las diversas unidades. Sólo el Duque de Nevers se salvó de la batalla.

Aunque la ciudad no se había expugnado todavía, su suerte había sido ya decidida. Las bajas de las tropas españolas habían sido escasas, ochenta muertos y un millar de heridos, mientras las bajas francesas rebasaron los doce mil entre infantes y jinetes; toda la artillería, y más de un centenar de banderas y estandartes, habían caído en poder de los españoles.

En la mañana del 11 de agosto llega a Felipe II, que se encontraba en Cambray, la noticia de la gran victoria. Se traslada frente a la plaza de San Quintín, al real de Filiberto, al que da órdenes para rematar la victoria con la toma de la villa, pero previniéndole de que dé instrucciones a sus tropas para evitar el saqueo y los daños a las personas y edificios, y, sobre todo, evitar la profanación de las reliquias de su santo patrón, que en la Iglesia de la ciudad se veneraban.

La zozobra en estos momentos en el interior de la plaza era muy grande, al descubrir la derrota de los franceses, al ver enarbolar frente a sus muros muchas de las banderas y estandartes de las tropas del Condestable y recibir, por algunos soldados que pudieron acogerse a sus fosos, el relato apocalíptico de la derrota.

A los que luchaban en la ciudad se había unido este día de la batalla el socorro de unos quinientos hombres, que al mando del coronel D'Andelot, hermano de Coligny, habían podido entrar en la plaza con algunos gentileshombres, como el Vizconde de Mont

Notre Dame, el Señor de la Courée, el señor de Saint-Remi, personaje muy experimentado en la guerra de minas, un comisario de artillería y tres artilleros, de los que tenían gran necesidad en la ciudad. El resto de la expedición había sido batido por el enemigo sin poder alcanzar la plaza. Este importante refuerzo de capitanes y jefes especializados, permitió a Coligny hacer un nuevo reparto de los sectores, y encontré en el señor D'Andelot un segundo jefe de toda su confianza, en quien poder delegar alguna de sus funciones.

A partir de este momento, el camino por donde se entendían con el Condestable apareció cortado definitivamente, y los soldados que se encontraban en los pasos, apresados por el enemigo, al tiempo que la actividad de los españoles se hacía cada vez más intensa. Muchas eran las desgracias que se cernían sobre la plaza, pero que no abatían el ánimo del almirante Coligny.

La penuria de hombres de guerra era muy importante, especialmente arcabuceros, y en la imposibilidad y en la ignorancia de cuanto le ocurría al Condestable, aprovechando el ofrecimiento de unos pescadores que le señalaron un nuevo camino por una laguna en que, con agua a la cintura, podían pasar los hombres, hizo llegar a La Fére, al Señor de Bordillon, unos guías para conducir un posible refuerzo. Consultado el Señor de Nevers, que se encontraba a la sazón en La Fére, a donde había llegado fugitivo, ordenó que dos centenares de arcabuceros, que era todo lo que podía reunir, guiados por los pescadores, se introdujesen en la plaza; pero sorprendidos por las fuerzas de vigilancia española, sólo pudieron alcanzar la plaza 120 arcabuceros, desarmados; gentes bisoñas de muy escaso valor; en cuanto a los jefes que les conducían, sólo un sargento pudo pasar con el refuerzo. Este fue el último socorro que la plaza tuvo, pues la vigilancia enemiga hizo que nadie pudiera pasar desde entonces y tuvieron que defenderse con sus propios medios.

En la historia de San Quintín vista por los defensores, se acusa la desmoralización que iba ganando a la gente civil de la población y las dificultades para encontrar obreros que reforzasen las defensas, pues se ocultaban en los graneros y otros lugares para no trabajar bajo el fuego de la artillería. Conforme el tiempo avanzaba, menos seguro se sentía el mando de la plaza de las gentes de la villa, y por la escasez de racionamiento y para evitar su peso muerto, hubo que expulsar de la ciudad más de tres mil bocas inútiles, pese al natural temor de que pudieran ser maltratados por el enemigo.



Desde el 2 de agosto, que habían llegado los españoles frente a los muros de la plaza de San Quintín, hasta el 21 del mismo mes, no cesaron en sus trabajos de aproche, atrincherándose para asegurar su artillería, y llevando a cabo una constante labor de zapa y de mina para ganar los fosos de la plaza, sin que los defensores pudieran hacer gran impedimento para evitarlo, pues la pobreza de su artillería y la escasez de arcabuceros sólo les permitían la contramina y los pequeños golpes de mano que les facilitaba el adquirir información. Muchos fueron los momentos de peligro por que la plaza pasó al tener que atender con tan escasa guarnición a tan extenso perímetro, como fue aquel en el que, al evacuar un depósito de pólvora que había almacenada en uno de los torreones inmediatos a la puerta de la muralla frente al barrio de la Isla, su mal estado provocó la explosión, que envolvió en polvo y humo a los que efectuaban la operación, derribando un gran trozo de muralla sin que los españoles se apercibieran del peligro, y que la guarnición, por otro lado, tardó en cubrir y en levantar.

El 21 de agosto el ataque se pone en movimiento: la artillería comienza a batir la muralla sobre tres puntos débiles de la defensa, cambiando frecuentemente las baterías de lugar. Al segundo día de bombardeo pudieron observar los defensores cómo los atacantes alcanzaban los fosos, aproximándose a la muralla sin que pudieran apenas castigarlos, ya que no contaban con fuegos flanqueantes, ni en las murallas ni en el foso: disponían de muy pocos arcabuceros y las piedras que desde la muralla les arrojaban les producían muy poco efecto. El punto álgido del ataque se encontraba en la parte sur, entre el molino de viento próximo a la puerta de San Juan, hasta la Torre del Agua, frente en que, en muy poco tiempo, no quedaba un solo torreón que no estuviera medio destruido. Fue entonces cuando se apercibieron verdaderamente los defensores de la debilidad de una plaza que Francia tenía por inexpugnabile; pero que la artillería de los españoles destruía con harta facilidad, pues si bien los espesores de la muralla eran buenos, los materiales y la albañilería se presentaban tan deficientes, que se derrumbaban fácilmente, ocasionando grandes brechas y dejando a muchos de los defensores sepultados bajo las piedras de la muralla. Cuando el foso fue alcanzado, la pequeña esperanza que la defensa tenía en las minas del Señor Saint-Remi, se desvaneció, decayendo el ánimo de los defensores, a los que trataba de convencer Coligny de defender la plaza a toda costa.

El fuego de las baterías continuó progresando en intensidad hasta el sexto día, en que, alrededor de las dos horas después del mediodía, el vigía que tenían colocado en la torre de la Iglesia, avisó que veía al ejército enemigo ponerse en armas, dirigiéndose la infantería a las trincheras como un movimiento precursor del asalto. Muy pronto explotaron tres minas que los españoles habían conseguido colocar en el frente que guarnecía la compañía de Monseñor el Delfín; sin embargo, cuando parecía esperarse el asalto, no se produjo. Sin duda, al conocer los resultados de las minas, encontraron los españoles que eran mucho menores de lo que esperaban.

Inútiles fueron los esfuerzos de los sitiados para intentar reparar los daños y reforzar las defensas en los lugares quebrantados, lo que solamente podían hacer de noche, aunque bajo el fuego de algunas armas enemigas. Los incendios comenzaron a producirse en la ciudad. En menos de media hora veinticinco casas fueron pasto de las llamas, que, empujadas por el viento, amenazaban con quemar toda la villa. Las bajas en este día habían sido muy importantes. El capitán Saint André había sido herido y otros muchos lugares del frente se encontraban sin mandos, teniendo que atender a ellos con jefes de otros lugares menos amenazados.

Al amanecer del siguiente día, el séptimo desde que los atacantes habían comenzado su fuego de baterías, éste alcanzó mayor furia. Los españoles, dueños de los fosos, podían poner en cualquier momento su pie sobre las murallas. El lugar por donde los españoles apretaban era el más alto de la ciudad, que, dominando el resto de la misma, impedía el preparar una segunda línea donde atrincherarse. Las fuerzas que guarnecían la plaza no llegaban a ochocientos hombres entre buenos y enfermos; las bajas de los dos últimos días habían reducido notablemente el número, teniendo que llevar a cabo un trasiego de hombres y de mandos de los lugares menos batidos para reforzar con ellos los frentes en peligro. En la distribución del mando de los once sectores en que se había dividido la defensa, el Almirante Coligny se reservó el de uno de aquellos más amenazados, con la firme resolución de combatir y de morir en la brecha. Eran las dos de la tarde cuando se escuchaba el clamor de la infantería española que se concentraba al pie de las murallas. Muy pronto pudo observarse cómo los guiones y estandares de los españoles aparecían sobre los torreones que cubrían las tropas del Delfín. Un mar de soldados penetraban por la brecha, los sectores colaterales se ponían en marcha para rechazar-



Escenas de la partida de las tropas españolas para San Quintín.



Filiberto de Saboya, cuadro de C. Vighi que figura en la Pinacoteca de Turin.

los ; en uno de ellos se encontraba el propio Coligny, que subió con sus hombres al través que les separaba del sector alcanzado, con intención de estrangular el ataque, encontrando todo completamente abandonado ; tres banderas españolas ondeaban ya cincuenta metros en el interior de la plaza ; de repente se ve envuelto por soldados españoles que le desarman. Uno de ellos, Francisco Díaz de Toro, Maestre de Campo, y Alonso de Cáceres, que mandaba el ataque en aquella parte, quien le envió al Duque de Saboya. Ocupado este sector, se extendió la marea de los españoles por las murallas facilitando la entrada de otros asaltantes por las tres brechas que la artillería había conseguido ; en hora y media la resistencia se extingue por completo.

Felipe II, que presenció el asalto de la plaza desde sus inmediaciones, pudo ver con dolor que sus designios y consignas no se cumplieran ; la tardanza en rendirse de algunos grupos de defensores frente a una unidad de soldados alemanes, dió con su obstinación motivo al degüello y al saqueo, que aunque los españoles trataron de evitar, llegando a las manos con los alemanes, sólo lo consiguieron en parte. Y aunque la moderación se acusa en los monumentos góticos del Ayuntamiento y la Colegiata, que han llegado hasta nuestros días, y en las memorias y relatos que los nobles y gentileshombres prisioneros hicieron del buen trato recibido, los críticos franceses de la época pretendieron con sus acusaciones empañar nuestra gloria. En aquellos tiempos era casi imposible el evitar el saqueo de los soldados ; era el premio natural de aquellos soldados de oficio y aventureros, atrasados en la cobranza de sus pagas, y que había llegado a constituir un derecho de la época.

Los cronistas del lado francés ocultaron premeditadamente la generosidad y la nobleza del Monarca español al poner en libertad bajo juramento de no volver a hacer armas contra España a los soldados prisioneros ; la amabilidad y cortesía con que fueron tratados los demás jefes, capitanes y caballeros en su traslado y permanencia en Artois ; los cuidados que se prodigaron al Condestable Montmorency, herido ; y las honras ofrecidas al Príncipe don Juan de Borbón, muerto en la batalla, y que fue trasladado a La Fère, donde se entregó a sus deudos.

Esta fue la nueva victoria del 27 de agosto de 1557, complemento natural de la gran batalla librada a la vista de sus muros el 10 de agosto y conocida por la Batalla de San Quintín. Difícil es siempre a través del tiempo, en este caso de cuatro siglos, el po-

der ofrecer un juicio crítico de las batallas. Son muchas las circunstancias que suelen escapar a la observación del historiador que han podido tener una gran influencia sobre los hechos. El cambio mismo de las estructuras nacionales y militares en tanto tiempo nos dificulta el enjuiciar con la mentalidad de hoy los sucesos de ayer. La historia suelen hacerla siempre los vencedores y casi siempre acusan un ensañamiento con el vencido. La crítica pretende, por otra parte, justificar las razones de la victoria, olvidando la eterna verdad: la de la voluntad de Dios y sus designios inescrutables.

Séame permitido, con este motivo, que antes de entrar en el campo de la crítica histórica, que poco nuevo puede presentar por ser extraída de la misma cantera de los que en el mismo empeño me precedieron, hacer una pequeña digresión para recordar, aunque muy someramente, lo que podríamos llamar teología de las batallas. Existe, sí, el Dios de las Batallas. Sobre la intención y la voluntad de los hombres preside siempre la voluntad de Dios, que otorga la victoria y reparte las derrotas. Dios no suele abandonar las causas justas ni a los que de buena fe le sirven. Si con ese espíritu teológico nos adentrásemos a escrutar los acontecimientos guerreros que constituyen hitos en la marcha del mundo, encontraríamos fácilmente la justificación de los designios de la voluntad divina. Así lo reconoce el Almirante Coligny en sus memorias al relatar los pormenores de la defensa de la plaza de San Quintín, cuando dice: «La voluntad de Dios, la cual es siempre buena, santa y razonable; que no hace nada sin justa ocasión, de la cual, sin embargo, yo no sé la causa, la cual, si yo indago, es para más pronto humillarme delante de El, conformándome con su voluntad.» Dignas y cristianas palabras del que fue llamado por los historiadores «el héroe de la mala fortuna».

Existe tan poco espacio entre la victoria y la derrota, las circunstancias del azar son tan cambiantes..., la batalla mejor dirigida y victoriosa puede torcerse y cambiarse por sucesos sobrevenidos e incontrolables que nadie puede estar seguro si la voluntad de Dios no se inclina a su lado.

Aunque muchos no lo crean, la victoria hay que merecerla, y si aplicamos este módulo teológico a la batalla de San Quintín y prescindimos de las características de los capitanes y de las cualidades extraordinarias de las tropas, que es en lo que suelen fundamentarse los críticos, encontramos que también en este orden superior era justa la victoria para las armas de Felipe II y para los ejércitos españoles.

Nos encontramos en el siglo de la plenitud de los servicios de España a la causa de nuestra fe católica. Son ya largos los años en que España lucha contra la Reforma. Los tropas españolas pelean en América por la expansión del Evangelio. Su amor a la paz ha sido sancionado por la tregua de Vaucelles, firmada por Carlos V y Francisco I, que había de ser rota por el Convenio secreto que convienen el rey Enrique II, sucesor de Francisco, y Paulo IV. Felipe es todo religiosidad, ponderación y prudencia; Enrique lo contrario: el abandono, la imprudencia y la impetuosidad. España combate por la unidad de la fe; en Francia, bajo Enrique, ésta se pierde y se disgrega. El propio fin de Enrique II invita a meditación: el Condestable Montmorency le saca un ojo con su lanza en un torneo, produciéndole la muerte. Mas descendamos de la altura a la tierra, a examinar los hechos que están a nuestro alcance, el análisis crítico de las personas y de los acontecimientos. Son los principales personajes por parte española, con Felipe II, Filiberto de Saboya y el Conde Egmont, general de su Caballería, con varios generales y jefes expertos y acreditados en la guerra.

Felipe II da, al enfrentarse con esta primera de sus batallas, un magnífico ejemplo de su amor a la paz, de su sabiduría y de su prudencia. Era la época de los Reyes Caudillos, de la nobleza en armas; su padre y sus más próximos antepasados habían cimentado su fama en los campos de batalla. Nada más natural que el hijo de Carlos V y biznieto de Fernando el Católico se hubiese dejado arrastrar por la emulación y tomar el mando directo de sus ejércitos; tanto más cuando contaba con expertos generales y capitanes que podían aconsejarle; pero pudo más en su ánimo la responsabilidad y el deber, que la noble emulación de la ambición y de la fama. Comprendió que su empresa era de mucho mayor alcance y envergadura que la de jugarse su prestigio y el de la nación en un encuentro con los franceses, y dejó la responsabilidad de la batalla a quienes correspondía: a sus generales.

Hermoso ejemplo para aquellos políticos que en los tiempos contemporáneos sacrificaron sus naciones a la vanidad y ambición de dirigir personalmente sus ejércitos. Su modestia era tanta, que cuentan los cronistas de la época, que cuando el Duque de Saboya se acercó al Rey Felipe a darle cuenta de la gran victoria e intentó besarle la mano, éste le tendió los brazos y le dijo: «Más bien me toca a mí besar las vuestras, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre ha costado.»

Era el Duque de Saboya primo del rey, gobernador de Flandes, de 23 años de edad, instruido y ya conocedor del arte de la guerra. Había sido Capitán y jefe de escuadrón contra el Duque de Sajonia en el ejército de Carlos V; General de Caballería en el Piemonte y Jefe superior en la expedición de Metz y en la conquista de Hedin. Amante de la responsabilidad, ducho en fortificación y muy experto en maquinaria de guerra, va a ejercer el mando directo de las tropas. En el Conde Egmont se dan aquellas cualidades ideales que, según los tratados militares, han de adornar al jefe de la Caballería. A su vista de águila y corazón de león une aquella otra gran cualidad de saber discurrir y resolver en lo álgido de la batalla. Entre otros muchos capitanes, destacan el lugarteniente general, don Fadrique Enríquez; los Maestres de Campo, Navarrete, Cáceres, Romero y García Manrique; el Duque de Brunswick y los Condes de Mansfeld, de Pembroke y de Horn, como los más importantes. De las tropas destacan los Tercios españoles con sus arcabuceros y piqueros, curtidos en múltiples empresas guerreras, y una numerosa caballería.

Por parte francesa se nos presenta a la cabeza el Condestable de Montmorency, que aunque diestro y valeroso, los historiadores le acusan de vanidoso, poseído de sí mismo, sordo al consejo, desdeñoso de la opinión ajena, imprudente y sin reflexión. Graves defectos para un conductor. Tiene a sus órdenes grandes capitanes, como el Príncipe de Condé, el Duque de Enghien, D'Anelot y el Mariscal de Coligny, entre otros muchos. Las tropas francesas son inferiores a las españolas en número y calidad. Están compuestas, en parte, por mercenarios extranjeros y aventureros, encuadrados por la flor de la nobleza francesa. Su artillería es una cuarta parte de la que poseen los españoles, y sus arcabuceros se encuentran en parecida proporción.

La plaza de San Quintín aparece como desconocida para unos y otros; los franceses la supervaloran, considerándola intomable. Una mayor guarnición y una mejora de su estructura hubieran podido dilatar por mucho tiempo y hacer más cruenta la toma para los españoles. Sorprende la ignorancia en que los franceses se encontraban de su capacidad defensiva.

En el juego de sus armas, Filiberto, aunque joven, demuestra un acierto; conjuga perfectamente la caballería con la infantería, y cuando aquélla se empeña, cuenta siempre con los arcabuceros o los hom-



bres de a pie para apoyarla y liberarla; emplea la artillería con oportunidad para romper los cuadros; maniobra como caudillo consumado; demuestra condiciones superiores y sabe aprovechar rápidamente los fallos del adversario. Lo demuestra en la rapidez con que capta la situación difícil de los franceses, empeñados en el paso del río, que aprovecha para forzarles a la batalla en las condiciones para él más favorables, y no les deja ya hasta consumir la victoria. Monmorency, temerario y testarudo, no sabe aprovecharse del despliegue y sujeción del dispositivo español, y es, por el contrario él, el que tontamente se empeña, fija y compromete, sacrificando todo el esfuerzo en una plaza difícilmente defendible, cuando su acción eficaz hubiera estado en maniobrar y sacar partido de la situación forzada de los españoles, obligándoles a levantar el sitio o ser destruidos.

En el campo español aparecen perfectamente compenetrados el Duque de Saboya con sus capitanes, mientras en el campo francés el divorcio y la diferencia de opiniones no pueden ser más completos. La mayoría de los críticos de la batalla encarecen la maestría con que el de Saboya utiliza los reconocimientos y la sorpresa, y la inocencia con que el francés prescinde de estos indispensables medios. Destaca de la batalla la sensibilidad que el Duque de Saboya acusa al tomar la decisión de su maniobra de envolvimiento para consumir la derrota de su adversario. En maniobras de este estilo juegan la decisión y la sorpresa, las características de los jefes y de los capitanes, unidas a la calidad y al buen espíritu de las tropas. El que envuelve se coloca en situación de envuelto. La maniobra no admite vacilación; la operación no tiene vuelta. Hay que llevarla hasta el final; suele constituir el término de una batalla en la que, anteriormente, se ha quebrantado al enemigo. Son tantas, a pesar de todo, las circunstancias que pueden ponerla en peligro, que es necesario la seguridad y la confianza plenas y, como antes decíamos, sobre ellas la protección de Dios, en el que siempre queda la decisión de la victoria.

Algunos críticos lamentan que al tener abierto el camino hacia París, no se hubiera explotado la victoria hasta conquistar la capital. Fácil es siempre la crítica sin responsabilidad. ¿Podía ser comprometida la victoria en un camino tan largo y empresa tan compleja? ¿Puede compararse el sitio de una villa de seis kilómetros de perímetro, próxima a nuestra frontera de Flandes, con el avance y sitio de París, con las armas de entonces y una comunicación tan

larga? Ya hemos visto en los tiempos modernos lo que representó la resistencia de una ciudad como Stalingrado, en que sucumbió el poderoso y antes victorioso ejército de Von Paulus. La prudencia mandaba no llevar la explotación fuera del campo táctico; por eso, la ocupación de San Quintín, se completa con la de Châtelet, Ham, Noyon, que se rematan con la nueva victoria de Gravelinas, del general Conde de Egmont sobre el Mariscal de Thermes, y que lleva a la conclusión del Tratado de Cateau-Cambrésis, que nos dio la paz que necesitábamos y que duró todo el reinado de Felipe II.

La moderación en la explotación de su victoria acredita a Felipe II como buen gobernante; su objetivo es la paz y así, cuando da noticia al Duque de Alba de su gran victoria, le encomienda aprovecharla para hacer las paces con el Papa en la forma más conveniente para ambos, implorando en su nombre su perdón, dando fin de este modo al problema de su conciencia, de haberse visto enfrentado, contra su voluntad, con el Pontífice. La batalla de San Quintín es clásica en la evolución del arte de la guerra. En ella se alumbró un sistema que ha de permanecer cerca de cuatro siglos; se asienta la supremacía de las armas de fuego; es la puerta por donde la Infantería pasa a ser la reina de las batallas. Se inicia el poder progresivo de la Artillería como arma de destrucción de murallas y de cuadros, y las condiciones progresivas y dinámicas del cañón sobre la estática de la coraza. Por eso, El Escorial, aparte de lo que tiene de monumento, de templo, de museo, de panteón y de recuerdo a la hegemonía política y militar española durante el siglo xvi, es, con el recuerdo de la batalla de San Quintín, un monumento importante a la evolución del arte de la guerra.

